

PLUMA Y LAPIZ



NÚM. 73



EL PADRE Y LA HIJA



LA LINTERNA, *Sociedad de Alcantarilleros...* ¡Jál! ¡jál! ¿Qué te parece, querido Luis?

—Que haces mal en reírte de ese anuncio.

—Hombre, una sociedad de alcantarilleros... ¡uf! ¡qué asco!

—Y sin embargo, puede que yo te refiera...

—¿Un cuento de letrinas y albañiles?

—Una historia verdadera, que cambie tu risa en pesar.

—Cuéntala, á ver si logras distraerme... Pero procura no mancharme.

—Déjate de bromas, y óyeme con atención. La historia que voy á referirte ocurrió en la misma casa que yo ocupaba antes de trasladarme á ésta.

El señor Antonio Pozuelo, presidente de la Sociedad de Alcantarilleros, tenía una hija encantadora, fresca y sonrosada como un capullo de rosas.

¡Qué diferencia tan notable entre ambos!

El, viviendo en perpetua sombra; y ella, moviéndose en constante luz.

El padre, pesado, rudo, mal oliente, con sus botas llenas de barro y de inmundicias...

—¡Por Dios, Alfredo!

—La hija, ligera, aérea, vaporosa, con sus diminutos pies calzados por elegantes zapatillas de raso.

De un lado, un hombre arrastrándose en las sombras por las oscuras alcantarillas, con una de esas linternas llamadas sordas, que parecen aumentar las tinieblas y hacer más negra la obscuridad; y del otro, una joven iluminada por millares de bujías, cuya intensa claridad parecía disputar su cetro á la del mismo sol.

El padre, metido día y noche en las alcantarillas, siempre expuesto, y constantemente sucio; y la hija pasando largas horas en un abrigado camarín, perfumado por olorosas flores.

El uno, encargado de velar por la sociedad; y la otra, tratando de pervertirla, seduciendo á los hijos y enamorando á los padres.

De un lado, un hombre despreciado, á pesar de su reconocida utilidad, y mal recompensado, á pesar de su excesivo trabajo; y de otro, una niña adulada y festejada, á pesar de que sus miradas so-

lían causar la ruina, y hasta la muerte, y recompensada por la empresa con un crecido sueldo por algunos momentos de ligero trabajo.

Eran padre é hija, y los separaba un mundo.

—Pero explícame...

—A eso voy. El señor Antonio, al morir su esposa, no quiso que su hija, que su Aurora, careciese de nada, y á costa de mil privaciones la envió primero á un colegio, y luego, atendiendo sus aficiones, á la Academia de baile establecida en el Teatro Real, de la que salió convertida en una nueva Terpsícore.

Para que no tuviera que avergonzarse de él, procuró ocultar que era su hija.

Cuando Aurora iba á sus ensayos, el padre, robando las horas al descanso, la seguía de lejos, embobado en su gallardía, absorto en su belleza, gozoso al ver que todos los hombres que la encontraban la dirigían miradas cariñosas, palabras de admiración y gritos de entusiasmo.

Decidido á no presentarse con Aurora en público la hacía acompañar por una vecina al teatro, y las noches en que ella bailaba adquiría un asiento de paraíso y desde allí la contemplaba, mezclando sus lágrimas con los aplausos del público.

—¡Pobre hombre!

—Quiso hacer de su hija una notabilidad, y lo consiguió, no escaseando para ello fatigas, ni trabajos, privándose de todo, absolutamente de todo.

Pocas veces la naturaleza ha producido dentro de la familia un contraste mayor. El señor Antonio, con su chaquetón y sus pantalones de paño pardo llenos de remiendos y de manchas, resultaba un tipo agradable y simpático, por una cierta dignidad natural que en él se advertía. Aurora, con sus faldas cortas de finísimos rasos y costosos encajes, con sus mallas de seda de color rosa que dibujaban sus delicadas formas, con ricas alhajas que hacían resaltar su espléndida hermosura, obsequio de sus pretendientes y adoradores, viva, delicada, burlona, aparecía como una mujer más bien repulsiva que agradable.

—¿Será posible?

—Te digo la verdad, y ya sabes cuánto odio la mentira.

No tardó Aurora en mostrar la perversión de su espíritu y la maldad de su corazón. El orgullo se apoderó de su alma y la vanidad perturbó su cerebro.

Mientras que sólo se trató de desvíos, de olvidos, de desaires, el padre perdonó á la hija. En su opinión estaban tan distantes que no era de extrañar que Aurora no tuviese para con él aquellas atenciones, aquellos cariños, aquella ternura que todo padre se merece, mucho más cuando tanto se ha sacrificado.

Era padre, y perdonó. La veía, y estaba contento.

Su hija era la luz de sus ojos, la vida de su vida. Confiaba en que pronto Aurora, reconociendo cuanto por ella había hecho, le otorgaría su cariño, siendo el apoyo de su vejez.

Pero ¡ay! es muy difícil que la criatura que anda entre el fuego no llegue á quemarse.

La mentida adulación, las falsas amistades, los traidores ofrecimientos, convirtieron bien pronto á su hija en un ángel caído. Aurora, como Icaro, había querido subir hasta el sol y el sol había derretido sus pobres alas de cera desplomándola al abismo.

El padre lo supo.

—¿Y la mató?

—No tuvo valor para tanto, pero sí para apartarse de su lado y no volver á verla nunca.

Y entonces, y ya que hablamos de una mujer de teatro, bien puedo asegurarte que en la vida de ambos se verificó lo que en lenguaje de bastidores se llama una transformación.

Poco á poco la hija fué bajando y el padre subiendo en esa gran escala moral de los pueblos cultos. Ella cayó en la sombra. El subió á plena luz. La blanca cabeza del padre se vió rodeada por un puñado de rayos de sol. La de la hija empezó á poblarse de canas prematuras. El uno dejó de arrastrarse en las sombras, y la otra comenzó á hacerlo.

La linterna del señor Antonio sirvióle para alumbrar una conciencia tranquila. Las bujías eléctricas del teatro de Aurora, para iluminar una frente marchita.

El padre siguió siendo un modelo de obreros, un jornalero infatigable, un vigilante activo.

La hija pasó de los brazos de un amante á los de otro, y luego á los de otro, perdiendo, en aquella vida desordenada, la pureza de su frente, el color de sus mejillas y la blancura de su alma. El prosiguió su vida modesta y laboriosa, pero siempre útil y siempre honrada.

Ella cesó bien pronto en su carrera de triunfos, que ya nadie le envidiaba.

Y el padre, cuya desgracia no había podido permanecer oculta y cuya noble determinación fué unánimemente elogiada, subió en la consideración de sus superiores, que no tardaron en nombrarle jefe de la ronda de alcantarillas; en el afecto de sus amigos, que le citaban como un modelo de hombres honrados; y en el cariño de sus compañeros, que le llevaron á la presidencia de *La Linterna*, de esa sociedad cuyo nombre tanto te ha hecho reír.

La humilde buhardilla del alcantarillero se levantó noble y pura sobre la triste cama del hospital en que su hija se revolcaba.

Para el uno, la corona de los mártires.

Para la otra, el desprecio y el olvido más completo.

Y observa de qué manera tan sencilla y natural la blanca pureza de la hija se convirtió, por el vicio, en la obscuridad de la negra noche; y las tinieblas en que el padre vivía se transformaron en la más clara y hermosa luz, por su noble y honrada vida.

E. RODRÍ-

GUEZ SOLÍS



E. RODRÍGUEZ SOLÍS



QUEJAS ETERNAS

DE vez en cuando, con frecuencia que prueba la persistencia del mal, se publican en semanarios, ilustraciones y periódicos de todo género y clase, geremiáticas lamentaciones de literatos viejos, jóvenes y también de todo género y rango, acerca de la tiranía que nuestros cómicos ejercen, en la elección de obras nuevas para los principales teatros de la corte.

—«Un autor joven,—dicen—no puede abrirse paso, sin saludar antes cortesmente á esos señores directores de compañía, y sufrir sus altiveces, pues no contentos con ser malos ó medianos cómicos, pretenden ejercer la previa censura y que su opinión prevalezca en terreno que debiera estarles vedado... Ellos aceptan ó rechazan una obra dramática, según su nulo saber ó entender, y según á sus alcances, les parece buena ó les parece mala.»

Tal dicen... y hay que convenir en que en parte, tienen razón. En todo... habría que discutirlo con calma y seguros de antemano de no llegar á entendernos.

¿Qué se quiere? ¿Una dictadura literaria, representada por cuatro ó más notables, de la literatura dramática?

Eso sería expuesto á otros males.

Los notables... suelen tener canas y manías (á veces en mayor número éstas que aquéllas). ¿Quién les presentaría una obra de ideas modernas con médula en vez de efectazos, y realismos en vez de lo convencional? No sería yo, ciertamente, quien perdiera en ello el tiempo. La obra no sería admitida.

Pero, pongámonos en lo mejor: en que el tribunal censor lo formase gente joven, con tendencias modernas dentro del arte, con afán de descubrir nuevos horizontes para nuestro decaído teatro... Y bien: ¿estarían de acuerdo con sus opiniones el dios éxito y su majestad el público? El tal dios y el tal público, suelen estar siempre de acuerdo, pues no se forja el primero sin la voluntad del segundo, y á este segundo... tan primero

(¡como que es el pagano!) suelen satisfacerle más las escandalosas pudibundeces de un Sardou, que los hermosos atrevimientos de un Ibsen ó de un Antona Travesti, y quien dice Ibsen, dice el X español que siguiera su escuela.

Y hete aquí la madre del cordero, el pozo de lógica al cual ninguno de los descontentos quiere asomarse. El público que paga, va á donde se le sugiere á donde le dan lo que le gusta, y el empresario (en general), no pregunta nunca por el verdadero valor artístico ni la trascendencia de las obras. Para él, lo esencial es que guste, que *dé dinero*; y como en la empresa suele ser copartícipe el director ó primer actor (dignidades vinculadas por la vanidad en un solo individuo), de aquí que éste, sea el censor y tirano absoluto en la admisión de obras.

Yo no sé qué sería peor: si la *investigación* artística de los notables ó la de esos actorzuelos rutinarios. Lo que sí sé, es que la abolición de la censura del cómico, daría lugar á muchas quiebras de empresa y á representar muchas supuestas grandes obras, en familia.

Mas, apartándonos de todas esas consideraciones y concretándonos á la queja más frecuente: la de que no hay autor novel que sea atendido por un actor de esos. Debo confesar que si yo fuese cómico, tendría un sagrado horror á todo dramaturgo inédito. ¡He presenciado cada lectura de drama, capaz de volver loco al más paciente!

¿Qué se quiere? Un teatro moderno. Pues á buscar un capitalista heroico, ante todo.

¿Se desea entrada libre, sin la menor discusión, para todos los que tengan escrito su dramita? Si el actor no es quién para juzgar y los autores nos traerían, si viejos, romántiques y sensiblerías tontas y si jóvenes á la moderna un teatro de ideas, propio para leíto en casa con calma y reflexión, no queda otro recurso que abrir las puertas y decir:

—¡Adelante quien quiera! El público juzgará.

Y ya verían ustedes como se producía algo semejante á la invasión de los bárbaros... con ausencia de los factores principales: el público y el arte.

Sí; porque yo no conozco á nadie que no me haya dicho:

—Hombre, usted que escribe... Tengo yo un drama que compuse en mis ratos de ocio, y quisiera que usted me diese su opinión.

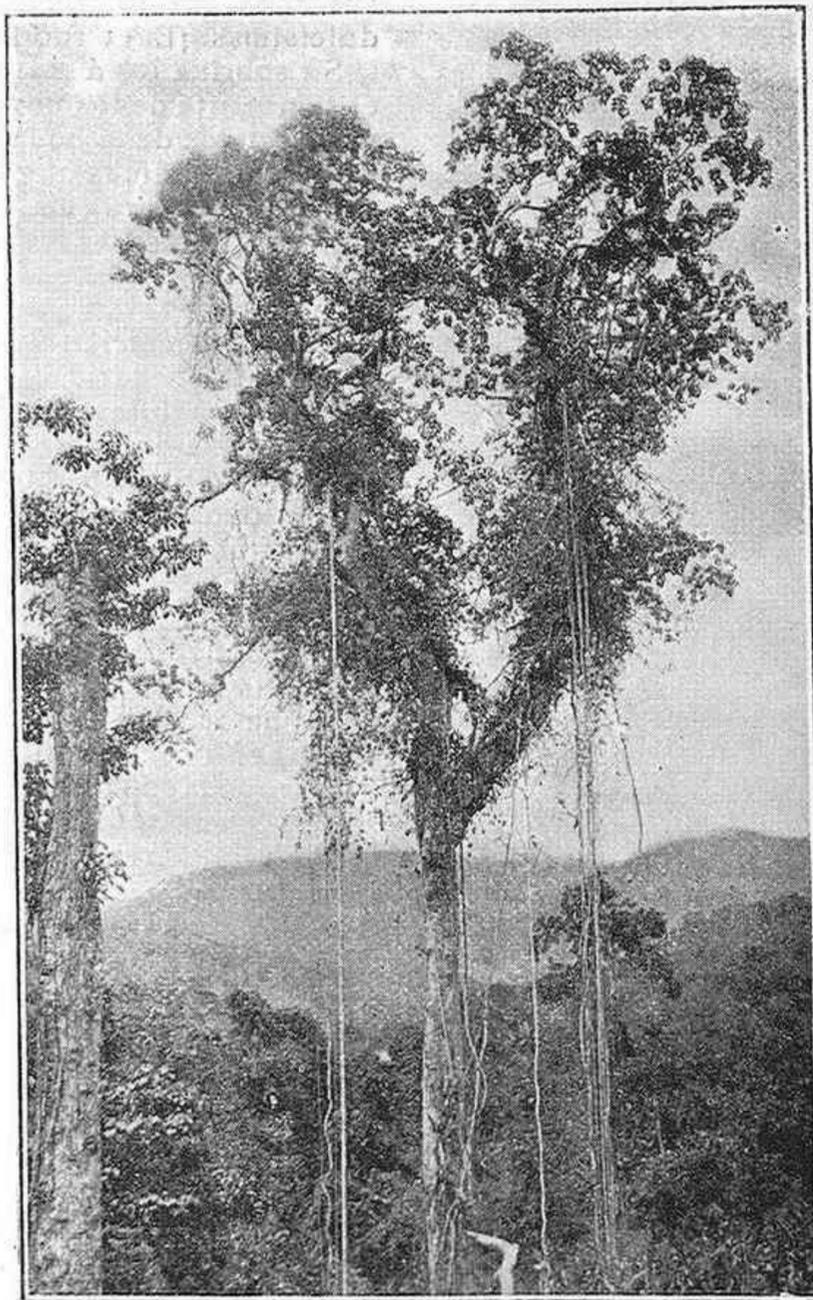
Y es lo sensible que, muchas veces, eso se lo dice á uno, persona de cierta cultura, instruída, sensata... Y en llegando á cierto límite ¿quién es quién para juzgar?

El *me parece*... es muy elástico y expuesto á errores.

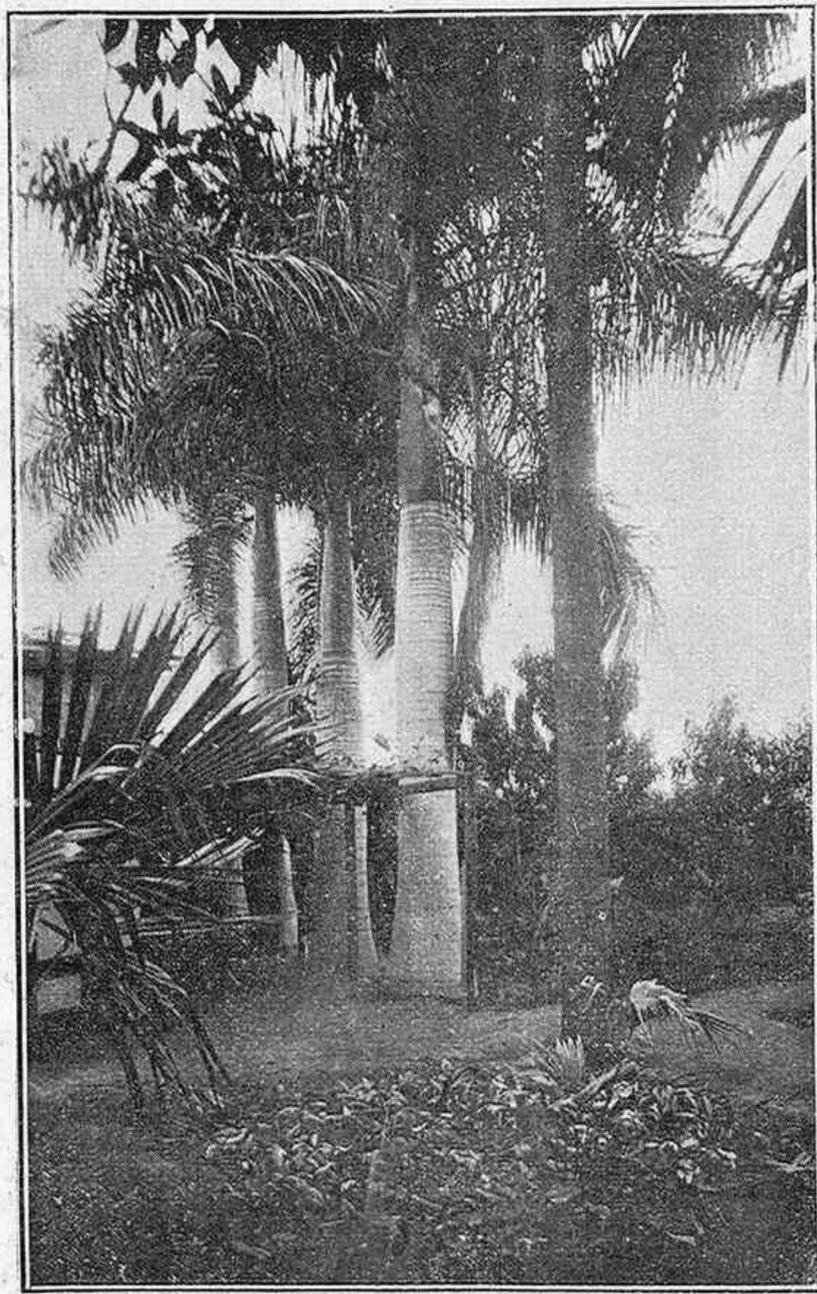
Lo dicho, no queda otro remedio que la invasión, el millonario heroico... (que sería lo más benéfico para el arte) ó dejar las cosas como están, que después de todo, con ese sistema, salieron á luz los Ayala, Gaspar, Sellés, Echegaray, etc... que también, supongo yo, fueron inéditos.

¿No les parece á ustedes?

LUIS DE VAL



ARBOL DE MONTE-REAL EN SAN LUIS.



PALMERAS EN LA MAGDALENA DEL MAR.

(LIMA)

LA VÍSPERA DE LA BODA

La viejecita se llevó las manos al corazón y todo su sér se estremeció de alegría, de sorpresa, de un placer que la hacía desfallecer.

¡No cabía duda, no; aquel militar de blancos bigotes y aspecto marcial que venía á pedir alojamiento, era Jorge, su Jorge adorado! Después de treinta años, cuando ya no pensaba volverle á ver más, le encontraba, la reconocía, estrechaba su mano y se miraba en sus ojos! ¡Ah; cómo recordaba el pasado, cuando él llegó, joven y apuesto, á pedir alojamiento y se llevó su corazón y la promesa de no amar nunca á nadie más que él!

Margarita cumplió la palabra, levantó un altar en su corazón y adoró al teniente, sin ocuparse de diversiones ni de placeres, rindiendo secreto culto al que era dueño de su albedrío.

Jorge, sabiendo que el padre de Margarita se oponía á la boda, para olvidarla... se casó con otra.

Su mujer murió y entonces él se prometió, si encontraba á Margarita, casarse con ella.

La miraba con asombro. ¡Qué cambiada estaba! Sus cabellos eran blancos, arrugadas sus mejillas, el andar vacilante, pero ¿y él...?

¡Ah! El también había cambiado mucho; sólo le quedaba su dulce y armoniosa voz y la expresión apasionada de sus grandes ojos.

Regocijábanse los dos viejecitos de tan feliz encuentro y, olvidando sus años, se prodigaban esas frases cortadas, balbucientes, cariñosas, dulcísimas. ¡El eterno lenguaje del amor!

Su sobrina iba á casarse al otro día y, ante la dicha que se reflejaba en el semblante de los novios y la algazara que armaban los criados con los preparativos de la boda, los dos ancianos, rejuvenecidos por sus recuerdos y ante la dicha que presenciaban, acordaron casarse también.

Unidas las arrugadas manos, mirándose más con los ojos del alma que con los de la cara, formaban planes de ventura para gozar de la dicha inmensa de ser el uno del otro los pocos años que les quedaban de vida.

Una cosa entristecía á la anciana, sin atreverse á decirlo á su prometido. ¡La seguridad de no ser madre!

¡Aquellos hijos que él tenía de otra mujer, la daban celos, envidia, una tristeza infinita que no fuesen suyos, que nunca pudiera lograr lo que constituía para ella inmensa ventura.

—¡Vamos perezosa, levántate, —dijo Rosa á su hermana, abrazándola con cariño. —¡Olvidas que hoy se casa Rosita!

Margarita se incorporó en el lecho y miró á todos lados con extraviados ojos.

¡Todo había sido un sueño! ¡Allí no estaba Jorge, ni había ningún coronel alojado.

¡El amor, el ensueño de toda su vida, la esperanza que la sostenía, se desvanecía como el humo!

¡La boda de su sobrina la hizo recordar el pasado, sus amores de adolescente, y al despertar halló la fría, la desconsoladora realidad!

Al acercarse á colocar las flores de azahar en la cabeza juvenil de la gentil desposada, vió reflejarse en el espejo su semblante arrugado.

La anciana sonrió con amargura, pensando: ¡Sólo en sueños puedo pensar ya en amar!

PILAR FONTANILLES

Ilustrado por

PABLO BÉJAR.





MUSICOFOBIA

DOÑA Blanca Puntillo de Valz era una señora particularísima.

La música no era para ella, como lo es para otros, «el ruido que menos incomoda.» Era, por el contrario, el ruido más insoportable.

Aborrecía á Wagner, odiaba á Rossini, sentía horror hacia Chueca y hasta solía faltar gravemente á la señora madre de Beethoven, considerando como verdaderos criminales á todos los músicos del orbe, desde el rey David hasta Quinito Valverde.

Cuando tenía que buscar cuarto, lo primero que hacía era preguntar á las porteras:

—¿Hay algún piano en la casa? ¿Acostumbra usted á cantar mientras limpia la escalera? ¿Estudia el trombón alguna señorita de la vecindad? ¿Entra el sol por las ventanas?

Y si le daban contestación afirmativa, huía de allí como alma que lleva el diablo. Sobre todo, rechazaba las casas que tenían gas, porque las *fugas*, aunque no fuesen las de Bach, le inspiraban horror.

No iba á más teatros que á los de verso, y en los entreactos escapaba de la sala, temerosa de que le sentase mal la cena por culpa del sexteto.

Una vez se vió comprometida para asistir á un funeral, y por poco no se derrumba sobre un capellán bizco en cuanto sonaron los primeros piporrazos, pudiendo aguantar la ceremonia, gracias á que llevaba en el bolsillo dos caramelos de los Alpes y se los colocó en ambos oídos á muerte ó á vida.

Doña Blanca ha tenido pretendientes inmejorables. Pero los ha rechazado á todos, por no verse en la musical precisión de dar

el sí. Y no parecía sino que la Providencia iba escogiéndolos, para el caso, entre los más musicales que había.

A uno le despreció porque se apellidaba *Calderón*. A otro, porque era de la *esca'a* de reserva. A éste, porque era un señor de muchas *campanillas*. Al de más allá, porque era aficionado á las *dulzainas*.

Y de haber querido casarse,



lo hubiera hecho inmediatamente. ¡Nada de *compases de espera!* Por de contado que ella y el favorecido no hubieran podido estar *acordes* jamás.

Prohibió á sus amigos periodistas que bajo ningún pretexto le tributasen alabanzas. ¡Bonita era ella para consentir que la diesen un *bombo!*

Despidió á varias criadas ¿saben ustedes por qué? No por las trastadas que la hicieran, sino porque luego ante su presencia solían mostrarse *con-fusas*.

Tuvo el valor de no rezar jamás á su difunta madre... ¿por qué dirán ustedes?... Porque se llamaba *Tecla*. Y se separó de sus hermanas, porque una *tocaba el violón* con frecuencia y otra era sorda y necesitaba que le hablasen con *trompetilla*.

Aunque las cosas del mundo le interesaban poco, se guardaba muy bien de decir que le importaban *tres pitos*.

Le trajeron de Italia dos monedas de las llamadas *liras*. ¡No tardaron cinco minutos en ir á parar al macho de la retreta!

Cierto día en que necesitaba comprar una mantilla, la recomendé el establecimiento de mi amigo Cabezón. ¡Nunca lo hubiera hecho! Al saber que el comerciante se llamaba Eustaquio, se acordó de la *trompa* y cayó desmayada, precisamente en la calle de *Arrieta*, teniendo unos guardias que llevarla con trabajo á su domicilio. (Por supuesto que si se entera de que la llevaron *con-trabajo*, vuelve á desmayarse).

No se trató nunca con los parientes que tenía en Madrid, sólo porque unos habitaban en la travesía del *Conservatorio* y otros en el pasaje de *Murga*.

Vivió antimusicalmente buen número de años. Un día enfermó del estómago, por el disgusto que la dió su cocinera presentándola un *timbal* de macarrones; quedó muy delicaducha y, al considerar que estaba hecha una *gaita* y que su mal residía en un *órgano*, murió de pesadumbre. Conocido todo esto, díganme ustedes si es digna de estudio ó no lo es, la tal señora doña *Blanca Puntillo de Valx*, de quien, dicho sea de paso, no

se logró jamás que firmara con sus musicales nombres.

Después de su fallecimiento, he sabido únicamente dos cosas: que el horror á la música tenía por causa lo mucho que su padre la había *solfeado*, y que una vez



muerta los herederos se desquitaron haciéndola unos funerales de *tres bemoles*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

AUDACES FORTUNA JUVAT

¿Ser sabio en estos tiempos? ¡Boberfál!
Sobre el talento encuéntrase la audacia.
El resorte de empuje y de eficacia,
según las cosas van, es la osadía.
El que, inocente, en el estudio fía
ve seguras su ruina y su desgracia;
por tal razón, quien tiene perspicacia
sigue un camino diferente hoy día.
Desvergüenza y no más; por esa senda
verá el más torpe acrecentar su hacienda
y repleto y orondo su bolsillo.
¿Es preciso el talento, por ventura?
¡Se ve cada persona que figura
y tiene menos fósforo que un grillo!

NARCISO ALONSO CORTÉS

¡SOLA!

Sufrido habrá; más dolor intenso
semejante al dolor que me devora,
no fué jamás sentido, si no ahora
que en tu infortunio y mi desdicha pienso.
Mi corazón, en su latir suspenso,
mira extinguirse la ilusión que adora;
y en mi alma sensible y soñadora,
llevo la angustia de un pesar inmenso.
Habré de sufrir mas, á cada instante,
toda vez que contemple tu semblante
revelando la pena ó la alegría.
Porque jamás arrancará el olvido
el amor á mi pecho dolorido,
ni el recuerdo á mi ardiente fantasía.

PETRA BLANCO

México.

OTONAL

La conocí una tarde de Abril florido,
y de amor *ipso facto* quedé rendido;
absorto contemplando su gentileza
y el mágico conjunto de su belleza.
Era Elena su nombre; tenía Elena
blanco el rostro, lo mismo que la azucena;
eran negros, muy negros, sus grandes ojos
y eran sus frescos labios, rojos, muy rojos;
el valor aumentando de sus hechizos
su abundante cabello cayendo en rizos.

Nos amamos á un impulso de amor vehemente,
como el amor se siente, cuando se siente;
con la fe santa, propia de aquellos años
en que al alma aún no amargan los desengaños.
Vivía ella contenta, yo satisfecho,
los dos una sola alma y un solo pecho;
las horas y las horas se sucedían
y minutos las horas nos parecían...
Tal era nuestra dicha, que en rauda vuelo
escolar pretendimos el mismo cielo.

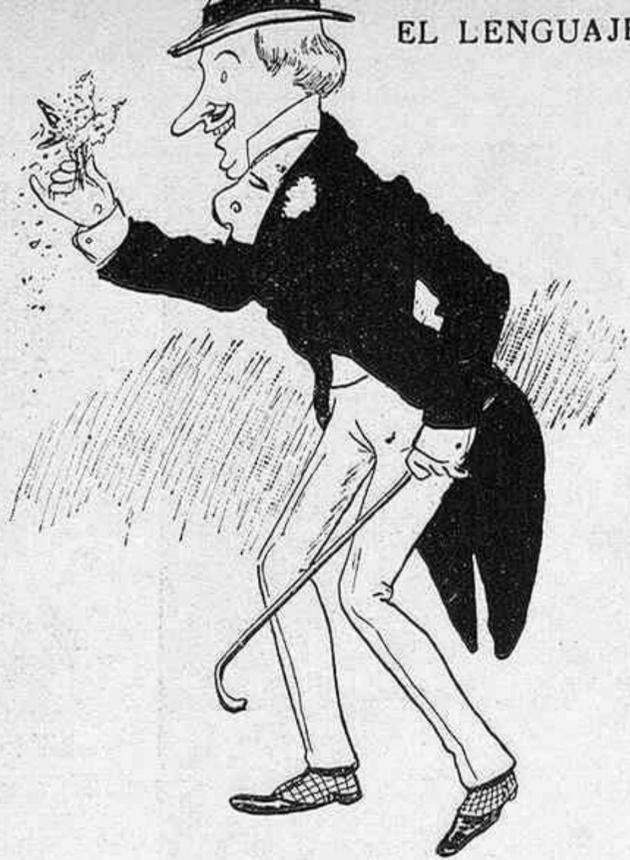
Ya todo ha terminado. Ya en mi memoria
sólo queda el recuerdo de aquella historia;
y hoy, cuando á mi ex amada la encuentro al paso,
envuelta en terciopelo, blondas y raso,
su rostro adquiere un gesto de indiferente,
yo sigo mi camino tranquilamente,
y ni añoro sus besos ni sus abrazos,
ni recuerdo lo dulce de aquellos lazos.
Ya no suspira al verme, ni yo suspiro,
y á veces ni ella mira ni yo la miro.

¡Quién pudo imaginarse! ¡Quién lo creyera
que aquel amor tan grande, que aquella hoguera
á extinguirse llegar! ¡Si parecía
que nunca combustible le faltaría!
Era llama, la llama que ardía en mi pecho,
un Etna formidable, volcán deshecho.
Pero es ley, hartó triste, ley implacable,
que en la tierra no hay nada, nada inmutable;
y aquel amor tan grande murió de frío
en una cruda noche: la del hastío.

FEDERICO DEAN



Orla de J. SERRA PAUSAS.



LA LILA. — ¡Soy lila, soy lila, soy lila!



LA MARGARITA. — ¡La melancolía me devora!



LA ROSA. — Soy guapa, y estoy sin novio; ¡ánimo!



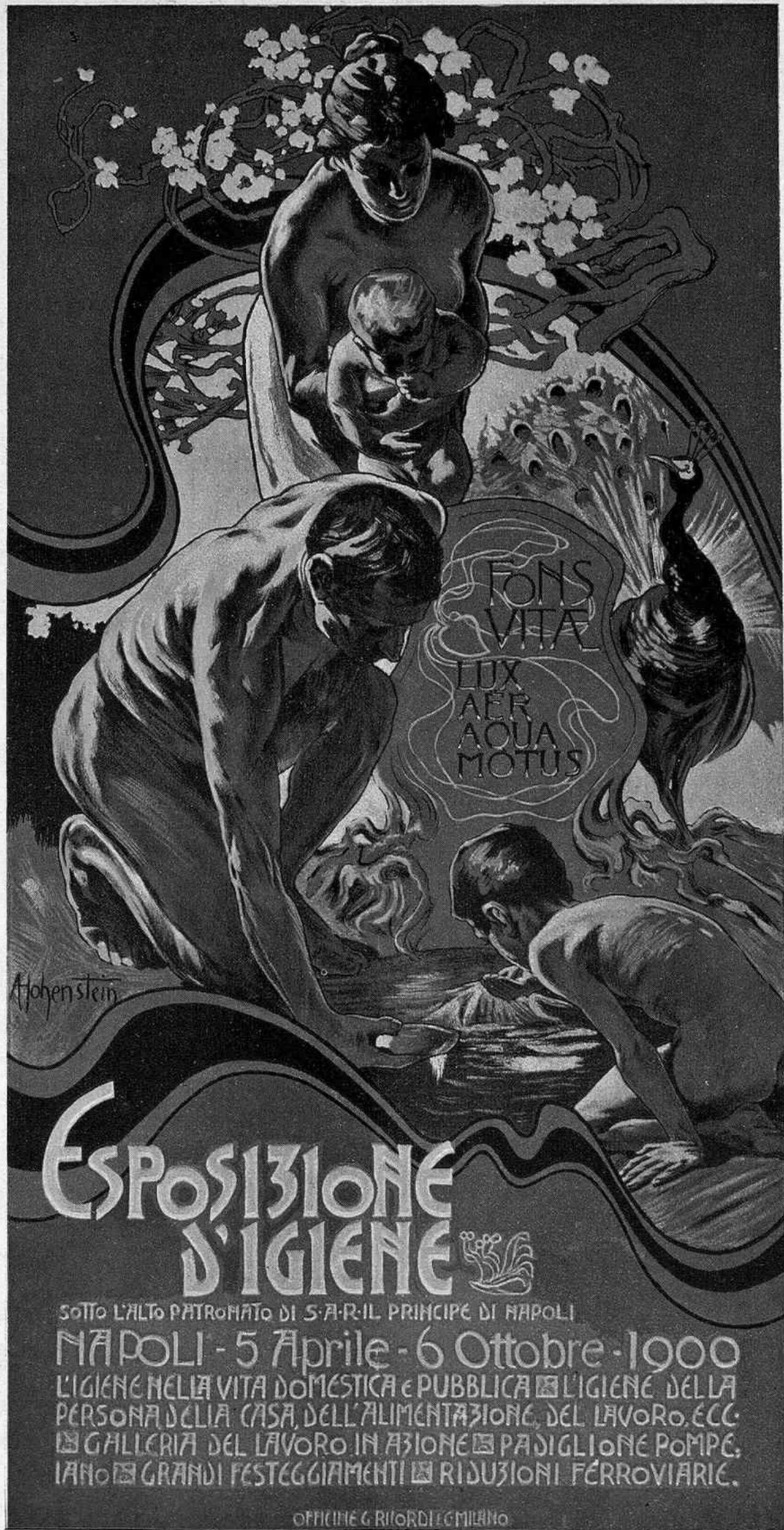
LA AZUCENA. — Soy modernista y todo lo veo gris.



LA FLOR DE AZAHAR. — ¡La hemos hecho buena! ¿Me querrás mucho, mujercita? — ¡Hasta pasado mañana!



EL PENSAMIENTO. — ¡Siempre pienso en ti! (Ti, es el casero.)



Cartel anunciador de la «Exposición de la Higiene». — Nápoles (Italia).